NUM. 14. SEGUNDA SERIE. ABRIL 26 DE 1840.

LA ESPERANZA,

PERIODICO SEMANAL,

de Literatura, Teatros y Modas.

Con este periódico se reparte todos los meses una hermosa litografia, y se publica un tomo de novelas. PRECIOS DE SUSCRICION: en Madrid 4 rs. vn. cada mes por solo el periódico y estampa; en las provincias 14 rs. vn. cada trimestre. CON NOVELAS: 6 rs. vn. en Madrid y 24 en las provincias.

Se suscribe en Madrid en la librería de Cuesta, frente á las Covachuelas; en la estampería de Valle, calle de Carretas, y en la Redaccion plazuela del Angel, núm. 24, cuarto segundo.

UNA COMEDIA DE ARISTÓPHANO.

La gloria literaria, la mas duradera de todas las glorias humanas, no pasa de ser una cosa caduca y perecedera. Se le promete la inmortalidad, pero es la inmortalidad de una sombra; y los grandes genios de la antigüedad, aquellos á quienes por costumbre se sigue pagando el mismo tributo de admiracion, no tienen una existencia mejor y mas real que los héroes de Homero en la morada de los muertos: no son ya mas que sombras sin cuerpos, imágenes oscurecidas en un mundo que ya no existe.

Qué ha sido de los poetas particularmente, de los divinos cantores? Se puede decir que viven todavia porque están sentenciados los muchachos en la escuela á fastidiarse con sus versos? Su lenguage es mudo, el pueblo que los amaba y comprendia, está sumergido para siempre debajo de las ruinas de Atenas y de Roma, y esceptuando algunos hombres desocupados y de gusto que, á fuerza de imaginacion y trabajo, han conseguido reedificar este lenguage antiguo, todo su público se halla reunido en los colegios.

Hasta que leí las comedias de Aristóphano, no conocí el agravio que el tiempo ha hecho á las obras de la antigüedad. Aristóphano era un gran poeta drámatico que tenia á todo un pueblo por espectador y por juez, y ahora se halla reducido á los escasos homenajes de un corto número de eruditos, que entienden imperfectamente su lengua. En aquel tiempo, hace cerca de veinte y cuatro siglos, formaba la ciudad de Atenas una corona alrededor del poeta, escuchaba con entusiasmo sus armoniosas palabras, aplaudia sus sarcasmos y se reia con sus bufonadas. Y todo este talento, esta gracia ateniense, este lenguage melodioso, esta alegre malicia, estas carcajadas populares, todo esto en una palabra pertenece en el dia esclusivamente á los eruditos, gente poco divertida de por sí, y que raras veces tiene bastante talento para reirse con Aristóphano. El niño mimado de la musa ateniense es actualmente un verdadero autor griego, muy dificil de comprender, y atestado de sabios comentarios. Lo que es la gloria!

Sin embargo el cómico de Atenas tie-

ne la ventaja de ser el único en su género; sus piezas son los únicos dramas verdaderamente políticos que poseemos, los únicos restos de ese teatro antiguo, en el que la sátira no tenia otros límites que el gusto de los espectadores. En tiempo de Aristóphano la libertad reinaba en el teatro lo mismo que en la plaza pública. El orador y el poeta eran enteramente libres, y no habia clases, ni individuos que pudiesen sustraer sus personas ó sus actos al fallo del pueblo, y á la publicidad de la tribuna y del teatro. El teatro era entonces lo que es ahora la prensa; y el analisis de una pieza de Aristóphano nos dará una idea exacta del modo con que la democrácia ateniense entendia el uso de la libertad, este precioso don que todos los pueblos quieren poseer, pero que es mucho mas dificil de practicar que de conquistar.

La pieza que hemos elegido es esclusivamente política, como la mayor parte de las piezas de Aristóphano. Tiene por objeto, como los artículos de los paises constitucionales, cambiar el poder de manos y derribar á un favorito del soberano: el soberano era el pueblo. Este favorito que disponia del destino de la nacion, se llamaba Cleon y acababa de usurpar diestramente un magnífico triunfo militar, que al parecer debia consolidar para siempre su poder sobre la muchedumbre. Tal es el enemigo político elegido por Aristóphano, y he aqui la pieza.

Dos esclavos se quejaron á los espectadores del amo á quien sirven: es un anciano violento, regañon, lunático y sordo, que se complace en alborotar y en parecer revoltoso. Este apreciable anciano se llama, como si digéramos en castellano, el Sr. pueblo de Atenas. El ciudadano pueblo ha comprado el mes pasado un esclavo, quien se ha manejado tan hábilmente, que ha conseguido hacerse su favorito. Este aventurero ha conocido al momento el flaco del amo; le adula, le acaricia, le hace mil protestas de amor y fidelidad, y el pueblo demasiado débil se entrega á él enteramente. El nuevo esclavo es el amo de la casa, y sus compañeros son sus criados y sus víctimas. Los calumnia, los denuncia, y los hace apalear por un quitameallá esas pajas. La casa se ha vuelto una Babilonia, y si no se encuentra un medio de echar al esclavo favorito, será preciso emprender la fuga, corriendo el riesgo de ser ahorcado. Este pícaro esclavo se llama Cleon, y sus dos desgraciados compañeros, que se quejan tan tristemente, se llaman Nicias y Demóstenes, dos generales del pueblo ateniense.

Pero cómo gobernarse para derribar á este intrigante? Por mas que Nicias y Demóstenes humedecen su imaginacion con olas de vino, no se les ocurre una sola idea oportuna. Felizmente sorprenden á Cleon dormido y tienen la suerte de arrebatarle los oráculos con los que gobierna al pueblo. Sabido es que las predicciones representaban un gran papel en la política de los antiguos, y por consiguiente es un golpe de fortuna poseer las de un demagogo en favor. Entre estos oráculos se encuentra una que pronostica cómo debe perecer Cleon: dice que un tocinero tendrá la gloria de destronar á Cleon, y de reinar en su lugar.

Pero, ¿dónde se ha de encontrar á este tocinero salvador, á este futuro favorito del señor pueblo de Atenas? Casualmente pasa uno por la plaza, cargado de morcillas, y sin duda alguna es el mortal enviado por el dios:—Deja tu carga y empieza por adorar á la tierra y á los dioses. Salud, dichoso mortal! Hoy nada posees y mañana serás un gran hombre! Salud, soberano de Atenas!— El tocinero se queda sorprendido y no entiende una palabra de cuanto le di-

cen.—Mira, ¿ves todas esas filas de espectadores? Tú serás su señor. Ves esta ciudad, la plaza, el mercado? Todo será tuyo. Ves las islas y los buques? Yo te prometo todo esto.—El tocinero sorprendido no puede creer en tanta dicha; se cree bastante capaz de gritar mas que Cleon y de vencerle en insolencia; pero cómo es posible que un hombre oscuro, ignorante y sin educacion, sepa conducir los negocios del pueblo?—Pues qué, le *dicen para animarle*, tan poca confianza tienes en tí mismo? Reconoces en tí algúna buena cualidad? ¿Eres de buena familia?—No tal, soy de la canalla. —En hora buena! bien sabia yo que eras apto para el gobierno; porque el gobierno demagogo no pertenece á un hombre instruido ni á un virtuoso y buen ciudadano, sino á un ignorante y á un bribon. Aprovéchate, pues, de las ventajas que te dán los dioses!—El tocinero está convencido de su vocacion política, y consiente en disputar á Cleon el poder.

Oyese á lo lejos la voz de Cleon que vá á entrar en escena; el tocinero se intimida y abandonaria la partida, si los dos esclavos que tan interesados están en la ruina del demagogo, no consiguieran infundirle la seguridad necesaria. Animado completamente con el apoyo de los *caballeros* de Atenas, que componen el coro, el tocinero hace frente á su temible adversario. No le intimidan ni las amenazas ni los gritos, á los que responde con gritos mas fuertes, y con amenazas mas terribles. La ventaja queda siempre por el tocinero. Se notan en este diálogo los rasgos siguientes. El tocinero da cuenta de su educacion, y se esfuerza en probar que es digno de ocupar un alto destino.—Yo tambien, dice, entiendo la aguja de marear. Cuando era muchacho engañaba á los cocineros de este modo. Hola, muchachos! mirad allá arriba, cuántas golondrinas! la primavera se anuncia. Y mientras que ellos levantaban la cabeza, yo les quitaba los mejores bocados. Si por casualidad me veia alguno, ocultaba el robo debajo de mis vestidos, y juraba por los dioses que nada habia quitado. Habiendo visto un orador mi destreza esclamó: Ese muchacho gobernará algun dia la república.

Despues de haber agotado todas las necedades imaginables, los dos rivales *conocen que no pueden vencerse con tales armas*, y Cleon recurre al senado, cerca del cual se promete hacer sentenciar á su adversario. Márchanse para presentarse al senado que debe sentenciar á favor de uno de los dos, y el coro se queda solo en la escena.

Este es el momento mas solemne del drama antiguo; porque el coro vá á dirigirse directamente á los espectadores, á arengarles en nombre del poeta, á hablar con ellos. Las risotadas cesan, y todo el mundo se prepara á escuchar. He aqui lo que dicen los *caballeros*:—Si alguno de los antiguos poetas cómicos nos hubiese pedido que nos presentáramos en el teatro, le hubiéramos negado este favor. Pero el autor de esta pieza es digno de que le prestemos nuestro apoyo. Muchas personas se admiran de que no haya aparecido antes en el teatro; y nos encarga que os digamos que ha dejado de hacerlo hasta ahora, no por impotencia, sino porque comprendia todas las dificultades de la comedia; y porque sabe que los atenienses sois tan caprichosos y tan inconsecuentes, que abandonais á vuestros poetas, cuando son ancianos, al olvido y al desprecio. Siguen magníficas invocaciones líricas á Neptuno y á Minerva, divinidades nacionales y protectoras de Atenas. Y el coro vuelve á emprender su conversacion con el público, diciendo:—Queremos tributar homenage y gloria á la memoria de

nuestros padres, que se han mostrado dignos de la patria y de la inmortalidad; de nuestros padres que han triunfado en el mar y en la tierra, en todos los combates, y que han ilustrado el pais, nunca contaban sus enemigos, atacaban siempre y se batian á todo trance; y si alguno caia durante la refriega, se levantaba al instante, se limpiaba el polvo y sostenia que no habia caido. Los generales de Atenas combatian entonces generosamente por su pais sin exigir recompensas, mientras que ahora se niegan á ir á la guerra sino se les dan empleos honoríficos, y si no se les asegura una rica subsistencia á espensas del público.— Tales eran los intermedios de la antigua comedia.

Los dos rivales se han vuelto á presentar en la escena y el tocinero refiere detalladamente la sesion. Cleon ha hablado y gritado con toda su fuerza, la victoria ha estado dudosa largo tiempo, y al fin se ha decidido por el tocinero. Para alcanzarla ha tenido que recurrir á argumentos irresistibles, y se hubiera disipado su risueño porvenir político sino hubiese enseñado á los nobles senadores el medio de comprar las anchoas á precios mas módicos. Cleon no desespera aun á pesar de haber sido vencido en el Senado; ¿no goza del favor de su amo, ese miserable viejecillo que se llama el pueblo de Atenas? Le hace creer cuanto quiere, y le engaña como á un chiquillo.

El pueblo sale de su casa á los gritos de su esclavo favorito, y se ve en la necesidad de pronunciar entre los dos pretendientes que disputan acerca de quién le amará mas. ¡Oh pueblo, mi amo querido! dice Cleon, pueblecito mio, tu sabes cuanto te amo! ningun ciudadano te tiene mas cariño que yo! Yo he llenado tus arcas robando á los demas; quiero que reines en toda la Grecia; quiero en fin, que las sesiones del jurado te se paguen á mucho mas preciso.—A profesiones de fé tan ardientes, contesta el tocinero con pruebas tan positivas, que no pueden menos de poner al pueblo de su parte.—Oh! pueblo, amor mio, ahora vas á ver como yo te amo mas que mi rival. Te deja á tí, vencedor de Maraton, sentado desapiadadamente todo el dia en asientos de piedra; mas yo, tu amigo, he dispuesto hacerte este almoadon que aqui ves. Vamos, pueblo querido, siéntate en él y descansa esos miembros que tanto se fatigaron en Salamina!—Amigo mio, dice el pueblo entusiasmado, eres algun descendiente de Halmodius? Lo que haces es muy bueno y altamente patriótico!—Y el tocinero añade:—Cleon se jacta de los servicios que te ha hecho y de las conspiraciones que descubres todos los dias; pero se parece á los pescadores de anguilas, pues asi como estos necesitan agitar el fango del estanque para sacar alguna pesca, asi necesita él agitar los negocios de la ciudad para hacer el suyo propio..... Se llama tu amigo, y, dime, qué te ha dado? Es un rico mercader de cueros; te ha ofrecido alguna vez suela para tus zapatos? no. Pues bien, yo te ofrezco un par de zapatos y una capa para abrigarte en invierno..... pero hay un medio muy sencillo para que conozcas á ese perverso esclavo: abre sus arcas y verás que ha guardado para sí mucho mas de lo que á tí te ha dado. Esta terrible prueba es decisiva; Cleon está convencido del robo, y por mas que asegure que ha robado con el objeto de hacer un servicio al pueblo, éste le arranca la sortija y la corona que le confió.— A Dios, corona mia, clama tristemente Cleon, confieso que me separo de tí con sentimiento; pronto adornarás otras sienes; mi sucesor no robará mas que yo, pero quizá será mas feliz!

El pueblo confia sus destinos al to-

cinero; necesita un favorito que le robe, por la razon de que su placer consiste en beber todo el dia y no hacer nada. Se deja robar mas por pereza que por necedad; pero no pierde de vista sus favoritos, y cuando están bien nutridos con su sustancia, los abate y les hace soltar cuanto han robado.

El tocinero empieza sus funciones políticas con una escelente operacion. Hace con el pueblo lo que hizo Medea con su padre; le mete en una caldera, le laba bien con legía y le saca purificado y rejuvenecido. Preciso es ver cuál es la alegria del pueblo regenerado! Es feliz porque se encuentra tal como era en tiempo de Arístides, jóven, inteligente, honrado, sordo á las adulaciones, y que únicamente deposita su confianza en los buenos ciudadanos! Se arrepiente de sus faltas pasadas, las manifiesta humildemente con los ojos bajos, y promete no volver á incurrir en ellas! Al final de la pieza, el pueblo está enteramente convertido, y en prueba de ello aplaude con entusiasmo al animoso poeta que se ha burlado de sus vicios.

El pueblo tan cruelmente ridiculizado por el poeta no estaba resentido con él; comprendia que la intencion de Aristóphano era enteramente patriótica, y que al oponerse á que la muchedumbre invadiese directamente todos los poderes, no tenia mas objeto que salvar la democrácia de Atenas, que entonces se hallaba en peligro.

La comedia política pereció en Atenas con la libertad, y el teatro de Aristóphano no se ha vuelto á abrir desde que los treinta tiranos lo mandaron cerrar. Seguramente no deben echarse de menos las personalidades insolentes y los chistes obscenos, con los que se hacia reir entonces á los espectadores; pero sí debe desearse la reorganizacion de un teatro nacional y político que se abra á la vida social del mundo moderno y á su joven libertad.

Coronacion de Petrarca.

Es el triunfo mas completo que ha obtenido un escritor en los siglos modernos. Escuchad, poetas de nuestos dias, vosotros no habeis visto y probablemente no vereis otro igual

En Roma, el 22 de mayo de 1341, se cantó una misa solémne, á la que siguió una gran fiesta: fueron convidados á ella todos los que cultivaban las letras: el maestro de ceremonias hizo colocar encima de unos ricos cogines de terciopelo que habia en una mesa, las obras de este poeta; y despues de un discurso acerca del mérito de ellas, decidieron los sabios que su autor era digno de recibir la corona, y se preparó su triunfo.

Se le quitaron sus vestidos; se le puso en el pié derecho un coturno encarnado, calzado de la antigua tragedia, y en el izquierdo un zueco color violeta, emblema de la antigua comedia: vistiéronle una larga túnica de terciopelo carmesí encima de un jugon anaranjado, guarnecido de un galon de oro, lo que significaba que sus versos eran refinados y puros como el oro: una cadena de diamantes en forma de cinturon, espresaba la brillantéz de sus ideas: una capa de raso blanco, símbolo de la inocencia, anunciaba que sus costumbres eran puras y que á nadie habia ofendido.

Púsosele en la cabeza un gorro en forma de pirámide, cuya elevacion representaba la de sus ideas: el collar tenia la figura de una lira, y la cadena

estaba compuesta de culebras entrelazadas, como para representar la ligereza y sagacidad de la imaginacion, que habia sabido encadenar sus pensamientos con la armonía de las cadencias y de los giros poéticos.

Los guantes que le pusieron no eran menos misteriosos; eran de piel de nútria: este animal se alimenta con las presas que hace, y es admirable por su finura; nuevo emblema del robo ingenioso que es permitido á los poetas hacer á los antiguos, lo que los distingue del plagiario, sin talento y sin aprehension.

La cola de su larga túnica la llevaba una joven desgreñada, descalza y cubierta con una piel de tigre: escusado es decir que anunciaba el entusiasmo, porque llevaba en medio del dia una antorcha encendida.

El poeta bajó de la sala del palacio de las Columnas al patio, donde le aguardaba un carro que representaba el Monte Parnaso, con Apolo y las nueve Musas: los símbolos de las divinidades fabulosas estaban pintados al rededor del carro, porque la mitologia era todavía el alma de la poesía.

El trono, en el que hicieron sentar al poeta, estaba sostenido por un leon, un tigre, un leopardo y una pantera; lo que daba á entender que los poetas, á imitacion de Orfeo, tienen el poder de domar y domesticar los mónstruos: las tres Gracias, medio desnudas y con las manos entrelazadas, estaban encima del carro como sus fieles compañeras: la meditacion, en forma de una joven coronada de estrellas, estaba á sus pies.

Dos grandes coros de músicos, formados en dos filas, marchaban á pié, mientras que una multitud de sátiros y faunos bailaban al rededor del carro; porque la música y el baile están invariablemente subordinados á la poesía: estos músicos cantaban versos latinos é italianos en loor del triunfador: las flores caian de las ventanas, arrojadas por las manos de las mugeres mas hermosas que vertian igualmente aguas odoríferas.

Luego que el cortejo llegó al Capitolio, pronunció el poeta un discurso, y el senador encargado de coronarle le puso en la cabeza una corona de yedra por la poesía ditirámbica, una de laurel por la poesía heróica y una de mirto por la poesía lírica. Las cuatro jóvenes mas distinguidas de Roma le presentaron bordados en prueba de agradecimiento á lo que el amante de Laura habia publicado en honor de su sexo.

Al bajar del Capitolio, recorrió el poeta la ciudad, distribuyendo al pueblo varias monedas, como acostumbraban los antiguos triunfadores. Esto demostraba la generosa y noble liberalidad de los poetas, que dan abundantemente al pueblo ideas, sentimientos y placeres, sin recibir en cambio mas que algunos aplausos.

Bajó de su carro cuando hubo llegado al Vaticano, entró en S. Pedro de Roma; dió gracias á Dios por su triunfo, y colgó sus tres coronas en el sepulcro del príncipe de los apóstoles. Las aclamaciones debidas á su piedad le acompañaron hasta el palacio de las Columnas, á donde fueron todas las señoras principales de Roma á tocarle la mano.

POESÍA.

UN REO DE MUERTE (1).

Héle alli reclinado en dura losa,
Con su rostro sombrio y abatido,
Sus plegarias de nada le han servido,
En inquieto dormir alli reposa.

Horroroso delito le pusiera
Al nivel de perdidos criminales,
Un fin atroz à sus amargos males,
Con gran resignacion gustoso espera.

Las tres marcaba un reloj,
Y al espirar su sonido,
El sentenciado abatido
De su sueño despertó.

Su vista fija en la estancia
Y esclama al fin con horror:
«Do se encuentra, pecador,
Tu mal tenida arrogancia?

Ya concluyò el disfrutar
Los alhagos de tu esposa;
A aquella muger hermosa
Ya no podrás abrazar.

De qué te sirviò infelice
El verte tan elevado,
Si el que ayer te viò ensalzado,
En desgracia te maldice?

Qué se hicieron tus ropages
Y todo su falso brillo,
Si solo un saco amarillo
Ha reemplazado esos trages?

Ya pagaste, con razon,
El merecido tributo;
Ya recogistes el fruto
De tu insaciable ambicion.»

El aura que alli respira
Ya no le infunde terror,
Acrecienta su dolor
La imágen por quien suspira.

Lejos está de temer
Aquella tan negra suerte,
Tranquilo espera una muerte
Que abrevia su padecer.

Contrito su corazon
Alli postrado en el suelo,
Humilde dirige al Cielo
Esta ferviente oracion.

Vírgen que tierna os mostrais,
Y que vos sola aliviais
Esta pena;
Ved que es crímen horroroso
Por lo que el mundo engañoso
Me condena.

No me negueis vuestra ayuda,
Pues á este infeliz le escuda
Vuestro manto:
Perdonadle su delito,
Pues prueba de estar contrito
Es su llanto.

Vos que me inspirais valor,
Mitigando mi dolor
Tan profundo:
Vos tan divina y tan bella,
Sois mi amparo, sois mi estrella
En el mundo.

No me abandoreis, señora,
Hasta cercana la hora
En que mi alma
Al Cielo llegue á volar,
Y consiga disfrutar
Dulce calma.

---

(1) Damos lugar á esta composicion, ensayo de un joven en la dificil carrera de la poesía. Esta circunstancia, unida al desempeño de tan delicado asunto, nos mueve á su insercion, deseando animar las felices disposiciones y talento de su autor.

Las cuatro sonaron y el viento silvaba,
La puerta se abriera de estrecha prision;
Opaca una antorcha la estancia alumbraba
Que lleva en sus manos horrendo sayon.

Su vista dirige en torno el cuitado
Que en triste letargo su entrada no vió:
Marchemos, le grita, las cuatro ya han dado,
Esperas en vano, tu muerte llegó.

Atadas sus manos y el cuerpo doblado,
Inciertas miradas fijára al salir:
Con ansia le aguarda un pueblo agolpado,
Que espera el momento de verle morir.

. . . . . .
. . . . . .

Breve silencio reinó
Y la campana doblaba,
Era señal que anunciaba
Que el sentenciado espiró.

F. Montemar.

El Castillo de Dunstan.

(CRONICA ESCOCESA.)

En la cima de las rocas los últimos rayos del Sol herian los castaños y los pinavetes. El valle empieza á oscurecerse y cesan los cantos de los labradores.

Sopla reciamente un viento frio y húmedo, que arruga la superficie de las aguas y encorva las retamas.

Y encima del lago se eleva un vapor, y parecido á un velo de crespon, se estiende inmenso al rededor de la montaña.

Veis alli bajo sobre aquel estrecho terraplen cubierto de matorrales un antiguo castillo, cuyas almenadas torres se elevan en las sombras como fantasmas de gigantes?

Alli en otro tiempo respiraba todo felicidad y alegría, y raro era el dia en que no retumbase debajo de sus bóvedas un ruido confuso de armas, caballos y sabuesos.

Actualmente el antiguo castillo está casi desierto, y reina en él un silencio profundo. Habítale tan solo el señor Dunstan, anciano muy severo en sus costumbres, de corazon inflexible, y cuyo cuerpo está cruelmente lacerado. Leo, su hijo, ambicioso de gloria, ha seguido á Ricardo á Palestina, y Olivia su esposa, llamada al lecho de una madre moribunda, ha marchado con un numeroso cortejo.

Dan las diez: el Baron acabá su cena en medio de algunos vasallos; y despues de haber quitado estos la mesa, se vuelve hácia el fuego que chisporrea, porque hace frio, y el viento silva á través de las vidrieras.

Sentado tristemente en un gran sillon, y debajo del dosel que designa á los gefes de familia, lleva sus pensamientos hácia los años venturosos de su larga vida..... recuerda que mañana es el sesagésimo aniversario de su existencia, y que, por la primera vez, en semejante época, no se verá rodeado de su familia y de sus nobles vecinos para hacer circular las copas de agua-miel en la sala de los banquetes.

De pronto hace resonar el enano su bocina desde lo alto del torreon, y los buhos asustados contestan con sus gritos á tan inesperado ruido.—Qué es eso, escudero?—Señor y amo, es un mensage de vuestro fiel Roberto.—Salid.

El rostro del baron no ha esperimentado la menor alteracion: ha leido afectando la mayor indiferencia, y sin embargo le ha herido uno de esos golpes mas dolorosos que los del yerro; pero

una larga esperiencia le ha enseñado á dominar sus emociones.

Las horas huyen y el baron permanece sentado en su sillon, sombrío é inmóvil como los personages de los retratos colgados de la pared. Piensa en vengar su ultraje.....

Oyese un ruido de cadenas, el puente levadizo baja rechinando, y una cabalgada entra en el patio. Es Olibia que regresa con su numerosa escolta.

Dunstan la recibe con frialdad, porque entre ambos se encuentra el mensage fatal.

Luego que el baron se hubo quedado solo con el escudero, esclamó con la mayor impaciencia:—Es verdad, Roberto?—Sí señor; hace cinco dias que un caballero con la visera calada y armado de punta en blanco, pero sin divisa alguna, se ha unido á la escolta de mi noble señora, y desde aquel momento parece que es el único objeto de sus atenciones. A veinte millas de aqui, en el castillo del conde Obrige, donde nos detubimos á dormir, ha pasado gran parte de la noche en su habitacion.—Insolente...! Pero dónde está?—Aqui.—En mi castillo!—En la torre alta.—Aqui! en mi castillo.....! Juro por mis mayores que no volverá á salir de él.

Cansada del viage, se retira Olibia á su habitacion, y mientras que sus doncellas la desnudan, les cuenta las fiestas que ha dispuesto para el dia siguiente, y el regreso de Leo y la feliz sorpresa que aguarda á su esposo al despertar.

Desde su ventana se oye un ruido estraño.

El baron entra en su cuarto con una sonrisa infernal en los labios. Con mano convulsiba la arrastra al balcon, y á la claridad de los achones que tenian los criados le señala con el dedo encima de las ensangrentadas losas..... A quién? A Leo, Leo su hijo!

LA JAQUECA.

La enfermedad cuyos recursos conocen mas á fondo las mugeres es la jaqueca. Es la mas fácil de fingir, porque nunca se presenta con síntomas aparentes. Para tenerla basta decir: tengo jaqueca.

Aun cuando una muger no la tuviese, nadie podria desmentir su cráneo, cuyos huesos impenetrables, desafian el tacto y la observacion. La jaqueca es, á nuestro parecer, la reina de las enfermedades, el arma mas poderosa y mas terrible empleada por las mugeres contra sus maridos.

Existen hombres violentos y sin delicadeza que, instruidos en las astucias femeninas, se jactan de no caer en este lazo vulgar. Todos sus esfuerzos, todos sus argumentos, todo en fin, acaba por sucumbir á la mágia de estas dos palabras:

«Tengo jaqueca!»

Si un marido se queja, si arriesga una observacion, si trata de oponerse al poder de este *Il bondo cani* del matrimonio, es perdido.

Figúrese V. una joven recostada en un sofá, con la cabeza inclinada dulcemente en uno de los almohadones, un brazo caido, un libro á sus pies y su taza de tila en un veladorcito..... Coloque V. ahora un marido rollizote delante de ella. Ha dado cuatro ó cinco vueltas por el gabinete, y cada vez que ha ido á empezar este paseo, la enferma ha dejado escapar un movimiento de cejas para indicarle en vano que el menor ruido la desazona. Decídese al fin, recurre á todo su valor, y protesta contra la astucia con esta frase:

«Pero es cierto que tienes jaqueca?..»

A estas palabras levanta la joven su

desfallecida cabeza; levanta un brazo que tiene caido débilmente sobre el sofá, levanta los ojos al techo, levanta cuanto puede levantar, y le lanza á V. una lánguida mirada y le dirige largas y sentidas quejas con voz estraordinariamente debilitada.

Qué puede V. contestar?..... No oye V. una voz interior que le dice: « Y si padece?.....»

Asi es que todos los maridos abandonan el campo, y sus mugeres los miran á hurtadillas despejar lentamente y cerrar con cuidado la puerta del gabinete, que desde este momento es un sagrado. Ya tiene V. la jaqueca, bien sea verdadera, bien sea fingida, entronizada en su casa.

La jaqueca empieza entonces á representar su papel en el seno del matrimonio, y es un tema sobre el que una muger sabe componer admirables variaciones. Con la jaqueca, puede una muger desesperar á un marido. La jaqueca ataca á la señora cuándo, dónde y siempre que ella quiere. Las hay de cinco dias, de diez minutos, las hay periódicas, las hay intermitentes.

Algunas veces encuentra V. á su esposa en la cama, enferma y abatida; las persianas de su alcoba están cerradas. Su jaqueca ha impuesto silencio á todo el mundo; y creyendo V. en ella, sale de casa; pero cuando V. se retira sabe usted que su señora ha levantado el campo!.... Y á poco rato vuelve fresca y colorada.

"Ha venido el médico.... me ha mandado que haga ejercicio y me encuentro muy aliviada."

Otro dia quiere vd. entrar en el cuarto de su esposa, "Oh! señor, le dice la doncella, con todas las nuestras de la mas profunda sorpresa, la señora tiene jaqueca y nunca la he visto tan mala. Acabamos de llamar al médico.»

Si V. se presenta con algunas intenciones hostiles, y su muger de V. quiere hacerse tan inviolable como la Constitucion, empieza un concierto de jaqueca. Se mete en la cama, dá gritos que destrozan el alma, y hace tantos gestos y con tanta habilidad, que parece que le arrancan la carne de los huesos.

Y quién es tan poco delicado que atormente á una muger dolorida! La política, cuando no otra cosa, exige imperiosamente su silencio.

Oh! jaqueca! protectora de los amantes! impuesto conyugal, escudo en el que se estrellan todos los deseos maritales! Oh! poderosa jaqueca! es posible que los amantes no te hayan aun celebrado, divinizado, personificado! Oh! prestigiosa jaqueca! oh! falaz jaqueca! bendito sea el cerebro que te concibió por primera vez! y caiga la maldicion del Cielo sobre la cabeza del médico que encuentre un preservativo contra tí! Sí, tú eres la única enfermedad de la que no se quejan las mugeres, sin duda por agradecimiento á los muchos bienes que las dispensa! Oh! falaz jaqueca! oh! prestigiosa jaqueca!

Crónica.

Las compañías dramáticas de los teatros del *Príncipe* y de la *Cruz*, empezaron sus trabajos escénicos el domingo de Pascua. En el primero se puso en escena la linda comedia en tres actos titulada: *La Segunda dama duende*, en la que se presentaron la señora Diez y los señores Romea; y estrañamos mucho la frialdad con que fueron acogidos, pues ni á su

salida, ni durante la representacion, se oyó una sola palmada, y solo sonaron algunas despues de concluida la comedia. Hemos notado que la señora Diez no ha desterrado aquel tonillo monotono que en algunas ocasiones censuraron los periódicos de esta capital, el último año que dicha señora trabajó en estos teatros: desearíamos que este pequeño lunar desapareciera en una actriz que está dotada de muy felices disposiciones. El señor Fernandez estaba encargado del papel de *portugués*; nos reservamos manifestar nuestra opinion acerca de este actor, para cuando le veamos desempeñar un papel que no admita ninguna clase de comparacion; en este tenia que luchar con los buenos recuerdos que ha dejado el señor Cairon, y la ventaja ha estado de parte de su antecesor.

El señor Guzman salió en el teatro de la *Cruz* con el *Leñador escocés* y las *Capas*. Este actor, sostenido por su reputacion, sacrifica muchas veces el arte que profesa á una cabriola: no se crea por esto que el señor Guzman desconoce el arte en el que tantos triunfos ha obtenido, sino que su edad le impide ya satisfacer las exigencias de éste.

—En el manifiesto que la empresa del teatro principal de Sevilla ha dirigido al público de esta ciudad, se lee el párrafo siguiente:— «Queriendo la direccion (1) honrar la memoria de nuestros famosos poetas, desde el fecundo *Lope de Vega* hasta el filósofo *Moratin*, ha determinado celebrar en la escena de un modo solemne el aniversario del nacimiento de los mas notables con una de sus mejores producciones dramáticas, dispuesta de una manera digna del objeto de su aparicion; cabiéndole la satisfaccion á esta empresa, de que la inmortal Sevilla, patria de tantos célebres literatos y artistas, sea la primera en España donde se consagre un dia á la grata memoria de aquellos respetables escritores, cuyas obras llenan al mundo dramático de su envidiable fama.»

—El lunes 20 se efectuó en el gran salon de Oriente el baile de máscaras anunciado á beneficio de los inválidos, Estuvo poco concurrido y por consiguiente nada animado.

—En el salon del teatro de Oriente se está disponiendo un gran concierto, cuyos productos ingresarán en los fondos de la sociedad establecida para mejorar el sistema carcelario.

—Un tipo particular de originalidad se nota en todas las acciones y en todas las escenas de la vida inglesa. Una actriz del teatro de *Convent-Garden* estaba indispuesta, y el director lo anunció al público. Armóse un alboroto en el patio, el que, sin duda, tenia sus razones para creer que la indisposicion era fingida. La ausencia de una hermosa y célebre actriz á la que no debian ver, á pesar de haberse anunciado lo contrario en los carteles, ocasionó un murmullo general. El disgusto estaba pintado en todos los semblantes; los clamores aumentaban; el descontento habia llegado á su colmo, y los actores que se hallaban en la escena estaban atortolados: y la autoridad civil que no podia invocar la fuerza armada para restablecer el órden, por prohibirlo las leyes de la Constitucion inglesa, recurrió á un espediente sumamente original. Mandó llamar á los bomberos: las seis bombas destinadas á los incendios fueron puestas en movimiento, y, á una señal convenida, el patio fue inundado. Todos los espectadores de la platea salieron en tumulto, calados hasta los huesos, para librarse de este nue-

(1) La direccion está confiada á D. Juan Lombia, cuyos talentos dramáticos ha admirado y premiado el público madrileño durante el año cómico que ha venido.

vo diluvio, y gracias á la salida forzosa de los alborotadores, el espectáculo se acabó sin murmullos y en la mas completa tranquilidad.

COMPAÑIAS DRAMATICAS

PARA EL AÑO DE 1840.

TEATRO DE BARCELONA.

Actrices: Doña Concepcion Samaniego, doña Juana Galan, Doña María del Cármen Corcuera, Doña Josefa Palma, Doña Antonia Monreal, Doña Josefa Massot, Doña Josefa García, Doña Luisa Valero, Doña Nicomedes Cormera, Doña Ventura Montañés, Doña Josefa Armengol, Doña Cecilia Simoni, Doña Dolores Correger, doña Pilar Valero, Doña Antonia Valero. *Actores:* Don José García Luna, D. Guillelmo Monreal, D. Manuel Argente, D. Antonio Alberá, D. Ildefonso Zafra, D. Antonio Valero, D. Antonio Lopez, D. Eusebio Carbajal, D. Antonio Amigó, D. Ramon Medel, D. José Casanovas, D. Andrés Montañés, don Jacinto Sarriera, D. Angel Estrella, don Jaime Viñas, D. Ramon de Mena, don Federico Rosell. *Apuntadores:* D. Luis María Calderon, D. Eufrasio Martinez, D. Juan Galli, D. Pedro Martinez. *Baile:* Doña Josefa Rodriguez, doña Josefa Armengol, D. Angel Estrella, D. Vicente Perales (menor). Con esta compañía alternará una italiana de ópera y una francesa, de baile.

TEATRO DE VALLADOLID.

Actrices: Doña Narcisa Mascias, doña Esperanza La Ripa, doña Angela Becerril, Doña Isabel Soriano, Doña Isabel García, Doña Joaquina Ayta, Doña Dolores Viñas, Doña Teresa Lopez, Doña Emilia Arroyo, Doña Josefa Ramirez, Doña Josefa Menendez, Doña Balbina Sanchez, doña Dolores Sanchez. *Actores:* Don Joaquin Alcará, D. José Menendez, D. Pedro Eusebi, D. Antonio Furtó, don Antonio Ripol, D. Francisco Mendoza, D. Emilio Fabiani, D. Francisco Alonso, D. Facundo Ayta, D. Juan Cárlos de Mata, D. Miguel Ibañez, D. Vicente Gonzalez, D. Joaquin Losada, D. Emilio Agramonte, D. Antonio Ibañez. *Apuntadores:* Don Antonio Ripoll, D. Manuel Lanzarote, D. Francisco Mendoza, don Rafael Farao. *Baile:* Doña María Arroyo, Doña Dolores Gallardo, Doña Isabel García, Doña Emilia Arroyo, D. Antonio Fabiani, D. Facundo Ayta, D. Emilio Fabiani, D. Francisco Alonso.

TEATRO DE BURGOS.

Actrices: Doña Cornelia Pellizzari, Doña María Ramirez, doña Ventura del Castillo, Doña Manuela Flores, Doña Rita Gonzalez, Doña Gertrudis Ermida, Doña Dolores Muñoz, Doña Antonia Andrés, doña María Estremera. *Actores:* Don José Planellés, D. José Cisneros, D. Iginio Gil, D. Enrique Corcuera, don Joaquin Edo, D. Pablo Andrés Rodriguez, D. José Sapera, D. Francisco Muñoz, D. Manuel Estremera, D. Julian Ibañez, D. Benito Flores. *Apuntadores:* Don Julian Ribeiro, D. Fernando Framo. *Baile:* Doña Francisca Vallao, doña Manuela Flores, D. Anselmo Vilches, D. Enrique Corcuera.

NOTA. Hoy se reparte á los señores suscritores la litografía correspondiente al mes de abril; y los que lo sean á las novelas recibirán igualmente la segunda entrega de LA ULTIMA HECHICERA.

OTRA. El artículo correspondiente á la estampa que acompaña á este número, se insertará al siguiente.

MADRID:
IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,
Calle del Lobo, núm. 34.